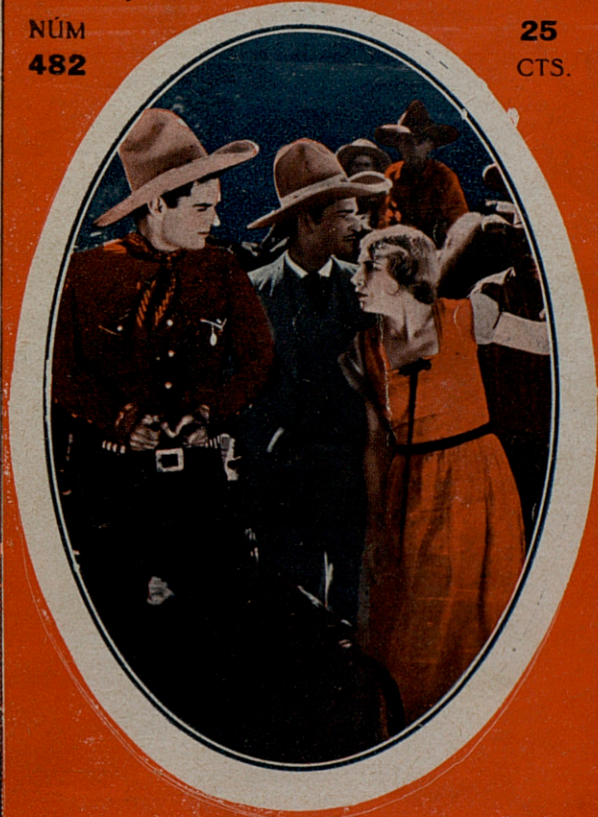


Biblioteca Films

JACK EL BANDIDO

NÚM
482

25
CTS.



Buffalo Bill, Jr.

BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO:
RAMÓN SALA VERDAGUER

EDITORIAL
"ALAS"

REDACCION ADMINISTRACION Y TALLERES:
Calle de Valencia. 234 - Apartado Correos 707 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS
Sdad. Gral. Española de Librería - Barará, 14 y 16 - Barcelona

AÑO IX

APARECE LOS MARTES

NÚM. 482

JACK, EL BANDIDO

adaptación en forma de novela de la película del mismo título, interpretada por el famoso caballista

BÚFALO BILL

Narración de HARRY BALTMORE

Exclusivas OCEAN FILMS

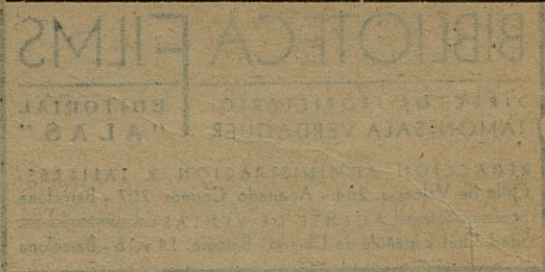
Plaza Letamendi, 25

BARCELONA

REPARTO:

Jack, el bandido	BÚFALO BILL
Betty	Sylvia Ordaks
Buke	Jimmy Donners

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA



PRIMERA PARTE

Por la carretera que conducía al pueblo de Cody, una diligencia marchaba rápidamente, mientras que en su interior un hombre demostraba su impaciencia por llegar cuanto antes a su destino. A su lado iban otros dos que, al notar su intranquilidad, le dijeron:

—¿Teme usted todavía algo, Sam Parkart?

—Hasta que no estemos en Cody, no me consideraré a salvo — respondió aquel —. Llevamos mucho dinero y esto es un peligro para ir por estos caminos.

—Pero nadie lo sabe—le dijo el otro compañero.

—Eso creemos nosotros—respondió Sam Parkart—pero estos bandidos parece que tienen espías por todas partes y se enteren de todo.

Volvieron a quedar otra vez callados, hasta que de pronto la diligencia paró rápidamente y se vieron encañonados por varios

individuos, con los rostros ocultos tras un pañuelo.

Uno de ellos se acercó al coche, sin duda para robar cuanto hubiera en su interior y Sam Parkart, antes de que pudiera acercarse al estribo disparó sobre él hiriéndole. Al oír el disparo, los demás compañeros del bandido, hicieron una descarga sobre ellos cayendo los tres hombres mortalmente heridos. Rápidamente se apoderaron del dinero que conducían y montando nuevamente a caballo, desaparecieron por la espesura del monte llevándose al bandido que había sido herido por Sam Parkart.

A los pocos días de haberse cometido aquel atraco, en el periódico local aparecía una interesante noticia que decía:

“El inspector Kans está sobre la pista del asesino de Sam Parkart que fué muerto hace tres semanas junto con los dos hombres que le acompañaban. Los bandidos se apoderaron de 50,000 dólares que éstos llevaban. Se asegura que el culpable es Jack Allen, apodado “Cleyenne Kid”.

Y en efecto, como decía el diario, durante aquellos días se realizaba una verdadera batida por todos los alrededores de Cody, esperando la policía que de un momento a otro el célebre Jack, el bandido, cayera en poder de la justicia.

Los sheriffs de todos los poblados habían

sido avisados para que persiguiesen al bandido y muchos de ellos, para que su gestión fué- se más eficaz, se le enviaban policías de la ciudad.

Al llegar uno de estos a uno de los pobla- dos, el sheriff de allí, tomándolo por algún bandido, lo encañonó con su revólver di- ciéndole:

—¡Párate, o te dejo seco!

El policía, a quien ya le habían dicho que el sheriff de aquel poblado, estaba más horas borracho que fresco, no insistió en seguir adelante y se paró para evitar que tirase so- bre él.

—¿Quién eres? — preguntó de nuevo el sheriff.

—¿Y tú?—preguntó a su vez el policía.

—Yo soy Hank Batis, el sheriff y el único hombre honrado del pueblo—exclamó.

—Y yo soy Rom, de la policía que vengo a ayudarle a arrestar a Jack Allen.

—Pues venga usted conmigo—le dijo el sheriff amigablemente — y mientras que empezamos nuestro trabajo, podremos echar un trago.

El policía sonrió, pensando que no le ha- bían engañado sobre los informes del sheriff y lo siguió hasta dentro de su casa.

SEGUNDA PARTE

Jack Allen era uno de esos hombres cria- dos en la pradera, para quien la vida no tenía más que dos goces, el de galopar sobre la gru- pa de su hermoso corcel y el amor de Betty, una deliciosa chiquilla, que había quedado huérfana y en posesión de una magnífica hacienda.

Los dos muchachos se conocían desde pe- queños y el amor había ido creciendo en ellos, al mismo tiempo que sus cuerpos, hasta con- vertirse en una pasión que les unía para toda la vida.

Cuando más dichosos se sentían, un suceso extraordinario vino a nublar la dicha de que gozaban; Jack fué detenido como autor de un robo y condenado por él. De sobras sabía Be- tty que aquella acusación era infundada y por lo mismo no dejó de seguir amando al muchacho con igual fuerza que hasta enton- ces. Pero para Jack aquel encierro era insu-

frible y una mañana, ayudado por su caballo intentó escaparse de donde lo tenían encerrado. Para ello silbó al noble animal que se acercó rápidamente a la verja de la habitación donde estaba su amo y éste, cogiendo de la montura el lazo que utilizaba para detener a los potros, amarró una punta a dos barrotes de la reja y le dió una palmada al animal para que tirase. El caballo como si comprendiera lo que su amo quería decirle dió un fuerte tirón y los barrotes de la reja quedaron desmontados de su marco y por su abertura le fué fácil escapar a Jack.

Pero después de aquel robo sucedieron otros nuevos y siempre aparecía él como culpable. Indudablemente había alguien que pretendía ocultar su personalidad y para ello había encontrado el medio de hacer que Jack cargase con todas las fechorías que cometía.

Algunas semanas después de haber sido acusado de la muerte de Sam Parkart, Jack, sin poder resistir al deseo de volver a ver a su novia, se dirigía hacia la casa de ésta, mientras que Betty hablaba con un íntimo amigo de Jack y le decía:

—Duke, van a arrestar a Jack... ¿No podría usted hacer algo por él?

—No tema—le dijo Duke—, Jack es lo suficientemente listo para no aparecer por aquí. La policía no pierde de vista esta casa y él lo sabe. Yo he venido para protegerla a usted,



Los dos muchachos se conocían de pequeños

hasta que se reconozca la inocencia de Jack.

—Así y todo—respondió intranquila la joven—, me temo que el cariño que me tiene Jack le haga venir por estos alrededores y la policía le prenda.

Y apenas había terminado de expresar aquel presentimiento, cuando apareció Jack y Duke le dijo airadamente:

—¿Por qué vienes por aquí?... ¿No sabes que toda la policía de Cody está encargada de tu persecución?

—Quería huir, pero me ha sido imposible—respondió Jack—. Kanne, el Inspector, me ha cortado el camino y tengo que quedarme en la región.

—Aunque así sea—le aconsejó su amigo—, donde menos debes estar es en esta casa. Los policías no la pierden de vista.

Betty, abrazada a su novio, lo miraba angustiosamente, mientras que él le decía:

—Quería ver otra vez a Betty y he venido a pesar de todo. Tenía necesidad de hablar contigo para pedirte un favor.

Su amigo se le quedó mirando sin comprender lo que podría solicitar de él y Jack volvió a decirle:

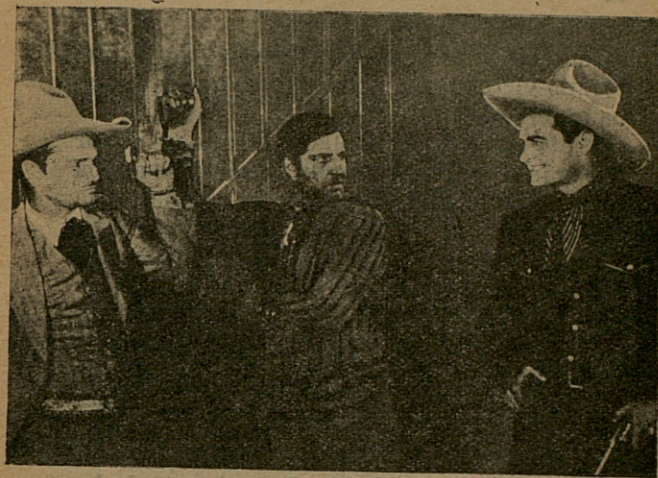
—No sé el tiempo que estaré ausente y si lograré rehabilitarme o no, por lo mismo, quiero que me prometas que si me pasa algo te cuidarás de Betty.

Su amigo sonrió satisfecho de poderle hacer aquel favor y le dijo:

—Descuida, Jack, mientras tú no estés aquí, Betty estará bajo mi protección y nada tienes que temer por ella.

Hasta ellos llegó el ruido del galopar de varios caballos y Betty corrió a una de las ventanas para mirar de que se trataba. Inmediatamente volvió asustada al lado de Jack y le dijo:

—¡Huye, Jack!... ¡Viene un grupo de jinetes!... ¡Sin duda te han visto entrar!



— Si no hubiera sido por esa infeliz mujer no me habrían detenido.

—Vigila esta puerta, Duke—le dijo Jack a su amigo—, yo me escaparé por la otra.

Salió rápidamente y por detrás de la casa pretendió ganar el campo y huir de sus perseguidores. Mas vió que estaba cercado y antes de que pudieran verle se metió en el pajar de la casa, pretendiendo ocultarse, hasta que sus perseguidores, convencidos de que no estaba, se fueran y él pudiera huir.

Mas a pesar de su agilidad, su presencia había sido descubierta y entre los policías y Jack

se entabló una verdadera batalla, de la que resultó víctima una pobre mujer que se hallaba en el pajar.

Ante esta desgracia, Jack, dejándose llevar por la nobleza de su corazón, olvidó que estaba en peligro y sólo se ocupó de atender a la herida.

Aquel momento fué aprovechado por los policías para apoderarse de él, diciéndole:

—¡Ríndase, Jack!

El miró a Rom, que era el policía que lo intimidaba y le dijo:

—Sino hubiera sido por la infeliz mujer a quien han herido y que se está muriendo aquí dentro, no me habrían detenido.

El policía, sin darle importancia a la declaración de Jack, se lo llevó detenido a la cárcel del poblado más inmediato, que era precisamente el distrito del sheriff Hank Batis.

TERCERA PARTE

La amistad que Jack creía que Duke le profesaba no era tan sincera como parecía a simple vista y la prueba de ello fué que en cuanto tuvo noticia de la detención de su amigo, empezó Duke a mostrar la bajeza de sus sentimientos.

La belleza de Betty fué un acicate que excitó más pronto los perversos instintos de Duke y aprovechando la pena que la joven sentía por la detención de su novio, le dijo una tarde, cuando volvían de dar un paseo a caballo:

—Yo daría mi vida porque fuera usted feliz, Betty.

—Gracias, Duke — respondió la muchacha —, pero bien sabe usted que mi felicidad depende únicamente de Jack.

—Yo siento mucho lo que le pasa a Jack — respondió Duke —, pero debemos pensar

que cuando la Justicia lo señala tantas veces como culpable, hay que empezar a dudar.

—¡Yo no dudo!—exclamó valientemente la muchacha—. Sé que Jack es inocente.

—¿Entonces, cómo se explica usted que cada vez que se comete un robo aparezca él inculcado?... Bien sabe que Jack no tiene ningún medio de vida y, sin embargo, no procura trabajar—replicó Duke.

—Jack heredó algún dinero—le dijo Betty—y gracias a ello puede ir viviendo, hasta que nos casemos. ¿Acaso usted, que es su mejor amigo, puede dudar de su honradez?

—Siempre lo tuve por un hombre honrado—respondió Duke—, pero desde hace unos días las cosas han cambiado mucho... Yo le aconsejo, Betty, que procure olvidarlo. Usted puede encontrar a alguien que la ame y que la haga feliz, todo lo feliz que usted se merece.

Aquellas palabras de Duke pusieron en guardia a la joven, que preguntó intencionalmente, mirando a su compañero con desconfianza:

—¿Conoce usted acaso a ese hombre que podría hacerme feliz?

—Estoy seguro de conocerle—respondió sonriendo Duke.

—¿Quién es?—preguntó ella.

—Yo mismo, Betty. Si antes no le dije nada, fué respetando la amistad que me unía

a Jack, pero en vista de que las circunstancias han cambiado tanto, no creo que deba callar por más tiempo.

—Sin embargo—respondió la joven—, yo, por mi parte, creo que no debía usted haber dicho nunca lo que me ha dicho.

—Perdone usted, Betty—exclamó Duke, haciendo un esfuerzo por contenerse—, pero al amor no se le puede poner trabas... y yo estoy locamente enamorado de usted.

—Pues por lo mismo le voy a pedir un favor... No venga más por esta casa... Será mejor que no nos veamos más.

—¿Me echa usted?—preguntó nerviosamente Duke.

—Le digo solamente que no quiero verle más...

Entró en la casa, sin darse cuenta de que Duke la seguía y cuando se apercibió de ello, le preguntó airadamente:

—¿Parece que no ha querido usted entender lo que acabo de decirle?

—Sí, lo he comprendido—exclamó Duke, —pero también he comprendido que no puedo vivir sin usted y que será mía, pese a quien pese.

Betty sintió el temor propio de toda mujer que se ve a solas con el hombre a quien odia y disimuladamente fué alejándose de él. Pero Duke, cogiéndola violentamente en sus brazos pretendió besarla a viva fuerza.

Lucharon los dos jóvenes, hasta que ella logró desasirse y apoderándose del mismo revólver que llevaba Duke, lo encañonó diciéndole:

—Si tarda usted en salir de aquí dos minutos nada más, lo mato como a un perro.

El otro, al verse desarmado por la joven, sonrió cínicamente, diciendo:

—Está bien. Ahora es usted la que puede más, pero ya nos volveremos a encontrar y veremos quién de los dos es más fuerte.

Entre tanto, en la cárcel Jack se desesperaba ante la situación que el Destino le había creado y todo su deseo era lograr la libertad, para poderse dedicar a la captura de aquel individuo que se hacía pasar por él.

Pero la vigilancia que Rom ejercía sobre él le hacía imposible el poder hacer nada para escaparse y esperaba con impaciencia que el instante se ofreciese para no desperdiciarlo.

El sheriff, sin embargo, que había conocido a Jack desde pequeño, en varias ocasiones le dijo al policía:

—Verdaderamente es extraño lo de este muchacho. Nunca hubiera creído a Jack capaz de matar a nadie, ni de robar.

—Todo el mundo es honrado, hasta que deja de serlo, sheriff—le respondió el policía—. Las pruebas que hay sobre Jack no dejan lugar a dudas.

—Así y todo me resisto a creerlo—institió el sheriff—. Yo conocí a ese muchacho cuando todavía era un chiquillo y... la verdad, le quiero bastante para dudar de él.

—Pronto saldremos de dudas — le dijo sonriendo el policía—. He mandado el revólver de Jack para que comprueben si es del mismo calibre que el proyectil que se encontró en el cuerpo de una de sus víctimas.

—Eso no quiere decir nada—respondió el sheriff—. También otro podía tener un revólver igual que el suyo... ..

Y por más razonamientos que daba el sheriff, el policía no se mostraba partidario de reconocer, como él, la posibilidad de que fuera otro el que, suplantando el nombre de Jack, cometiera los crímenes de que se inculpaban a éste.

CUARTA PARTE

Jack seguía esperando el momento en que podría conseguir la libertad que tanto ansiaba y era mayor su impaciencia, al ver que Duke no venía a verlo y nada sabía de Betty.

Una mañana, el carcelero entró a llevarle el alimento y Jack le preguntó:

—¿Sabes tú algo de Betty y de Duke?

—Nada—respondió el carcelero—. Duke no ha venido por aquí más que una vez y estuvo hablando con el policía.

—¿No sabes lo que dijo?

—No—respondió el carcelero—, pero me parece que declaró en contra tuya.

—¡No puede ser!—exclamó Jack, seguro de la amistad de su amigo—. Duke es mi mejor amigo y no puede hacer eso.

—Pues yo te aseguro de que le oí decir al policía que en casa de Betty guardabas el dinero que habían robado a Sam Parkart.

Jack quedó en silencio, y el carcelero volvió a decirle:

—Jack, yo nunca olvidaré lo que una vez hiciste por mí. Tú salvaste a mis padres de la ruina y quisiera pagarte alguna vez este favor. Estoy dispuesto a ayudarte, para que puedas demostrar que eres inocente.

El joven estrechó la mano al carcelero y le dijo:

—Necesito que vayas a ver a Betty y me traigas noticias suyas.

Aquella misma tarde volvió el carcelero a hablar con Jack y le dijo:

—No son muy buenas las noticias que te traigo, Jack.

—¿Qué pasa?—preguntó éste intranquilo—¿Le ha ocurrido algo a Betty?

—No, no es eso—se apresuró a decirle el carcelero—. He hablado con ella y me ha dicho que no te fíes de Duke.

Le refirió cuánto había pasado entre Betty y el que creía su amigo y Jack exclamó:

—¡Canalla!... ¡Si pudiera salir de aquí, me las pagaría todas juntas!

—Hay una manera—respondió el carcelero.

—¿Cuál?—preguntó ansiosamente Jack. Dime, ¿qué debo hacer para salir de aquí?

El carcelero se acercó a la puerta para asegurarse de que no había nadie y le dijo:

—Esta noche cuando yo venga a traerte

la comida, tú me amarrarás con tu cinto y diré que me has dado un golpe que me dejó sin sentido. Detrás de la empalizada tendré un caballo dispuesto para que puedas huir.

—Gracias, amigo—exclamó Jack conmovido por la gratitud que le demostraba aquel hombre.

—No tienes que agradecerme nada—respondió el carcelero—. No hago más que empezar a pagarte lo que hiciste por nosotros.

Y aquella misma noche, siguiendo las instrucciones de su amigo, Jack pudo evadirse de su prisión. Silenciosamente atravesó el patio hasta llegar a la empalizada, donde encontró el caballo que había dejado el carcelero, montó en él y se dirigió a todo galope hacia la casa de Betty.

Cuando ésta lo vio corrió a él y abrazándolo le preguntó:

—¿Te han dejado en libertad, Jack?

—No—respondió el joven—. Me he escapado. El hombre que vino hoy a verte me ha facilitado la fuga.

—¡No has debido venir aquí! —exclamó asustada ella—. Te buscarán en seguida que se den cuenta de tu desaparición.

—Tenía necesidad de verte, de saber que había pasado con Duke.

La joven volvió a decirle toda la escena que entre los dos había tenido lugar y terminó diciéndole:

—Gracias a que pude quitarle su revólver me pude salvar.

—¿Dónde está el arma?—preguntó Jack, poseído por una repentina idea.

—Aquí la tengo guardada —exclamó la joven, señalando un cajón de la mesa—. ¿Por qué?

—Porque tal vez nos haga falta para demostrar mi inocencia—le dijo Jack—. Procura no desprenderte de ella.

Después de algunas horas y antes de que amaneciera, Jack, temiendo que la policía al darse cuenta de su desaparición viniera a buscarlo, se alejó de la casa de Betty, diciéndole a la joven:

—Procura que nadie te quite el revólver de Duke.

Montó a caballo y como una exhalación se adentró en la montaña, esperando el desarrollo de los acontecimientos, hasta que consiguiera dar con el verdadero culpable de todos los crímenes que se le inculpaban.

Mas su impaciencia no lo podía tener inactivo y al cabo de unas horas se fué hacia el sitio donde había sido robada la diligencia. Minuciosamente fué inspeccionando todo el terreno, hasta que dió un grito de alegría. Enredado en unos matorrales encontró un pañuelo manchado en sangre y unas iniciales que lo ponía sobre la pista del verdadero criminal.

Más confiado en poder demostrar su inocencia, volvió otra vez hacia la casa de Betty, sin importarle que la policía lo detuviese, puesto que él podría, gracias a aquel pañuelo, dar una pista para la aclaración de todo aquel lío en que se veía metido.

Si ama usted

las emociones fuertes lea
la interesante novela

PRESTIGIO

cuyos intérpretes son
**Adolphe Menjou, Ann
Harding y M. Douglas.**

Precio:
UNA pta.

PEDIDOS A

Editorial "ALAS"—Apartado 707—Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

QUINTA PARTE

A la mañana siguiente no tardaron en darse cuenta de la huida de Jack y el sheriff corrió a notificárselo a Rom, diciéndole:

—Jack ha huído. Hemos encontrado al carcelero amarrado sobre su camastro.

Rom corrió a tomar declaración al carcelero y éste le dijo:

—Entré anoche, como de costumbre, a darle la comida al prisionero. El estaba aquí y lo vi sentado en la cama, pero cuando me acerqué y fuí a colocar el plato sobre el banquillo, sentí un golpe en la cabeza y caí al suelo. Cuando me he despertado me vi amarrado con este cinto y que el prisionero había escapado.

—Es preciso que salgamos inmediatamente en su busca—exclamó el policía—. Reúna su gente y vamos a dar una batida. No puede estar lejos de aquí.

Salió el sheriff a dar las órdenes para que

todos sus hombres estuviesen dispuestos y cuando media hora después ya estaban preparados para la marcha, apareció Duke, que les preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—Que se nos ha fugado Jack—exclamó el policía.

—No les será difícil encontrarlo—respondió Duke—. Yo sé dónde podrían prenderlo.

—¿Dónde?—preguntó el policía—. ¿Sabe usted de algún sitio donde él se esconda?

—Yo, no, pero hay alguien que podría decirlo y que es la que protege la huída de Jack.

—¿Quién?—preguntó el policía, mientras que el sheriff miraba rencorosamente a Duke.

—Betty—respondió éste—. En su casa la encontrarán y si la obligan a que hable ella les dirá dónde está Jack.

El sheriff no pudo contenerse y dirigiéndose a Duke, le dijo:

—¿Usted no era amigo de Jack?... ¿Cómo entonces parece tener tanto empeño en que se le prenda?

Duke experimentó cierta inquietud ante la pregunta del sheriff, mas no obstante, tuvo serenidad para responder:

—Cumpló con mi obligación. Antes que mi amistad por él, está la justicia. Yo no puedo amparar a un bandido que comete los crímenes de Jack.

—Dice bien este hombre — respondió el policía—. Dejémonos de comentarios y vayamos a casa de Betty.

Habían andado algunas millas hacia la casa de la muchacha, cuando de pronto Duke exclamó, señalando hacia un cerro próximo:

—¡Allí está Jack!

Rom miró hacia el lugar que le indicaba Duke y exclamó, espoleando su caballo:

—¡Hay que prenderlo, vivo o muerto!

Echaron a correr hacia el joven, que a su vez inició la huída con dirección a la casa de Betty, mientras que Duke decía:

—Yo no quiero ir. He cumplido ya mi misión.

Pero el sheriff, que era un tuno viejo, sonrió burlonamente y le dijo:

—¡Usted vendrá con nosotros!... Hasta que nos apoderemos de ese hombre, no puede dejar de ayudarnos.

—¡Es que yo no soy ningún policía!—exclamó Duke—. No tiene derecho a obligarme.

—Yo soy el sheriff—respondió éste—y le obligo a lo que me dé la gana. Si intenta marcharse dispararé sobre usted.

Y en vista de que no tenía más remedio. Duke, antes de inspirar ninguna sospecha, siguió a los demás hombres que perseguían al bandido.

La persecución fué durante algunos ins-

tantes verdaderamente emocionante. El perseguido y sus perseguidores habían lanzado sus cabalgaduras a todo correr y los animales saltaban cuantos obstáculos se interponían en su camino, acuciados por las espuelas de sus jinetes.

—¡Ese demonio parece que tiene alas!— exclamó Rom, al ver que la distancia que los separaba iba haciéndose cada vez mayor. —Lo mejor será disparar sobre él.

Y uniendo la acción a la palabra, empezó a disparar sobre el fugitivo, que sin responder a los disparos seguía hostigando a su caballo para alargar la distancia entre él y los demás.

Al fin consiguió Jack llegar a casa de Betty, que al verlo entrar le preguntó alarmada:

—¿Ocurre algo, Jack?

—Sí—respondió éste—. Detrás de mí viene Rom, con el sheriff y todos sus hombres.

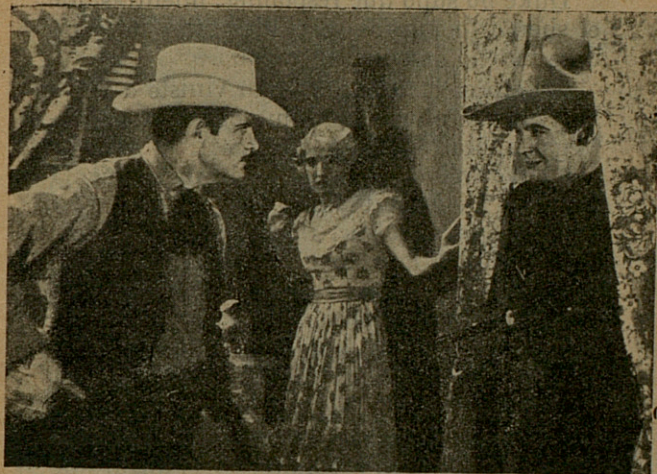
—¡Pero aquí te detendrán!—exclamó asustada la muchacha.

—Eso es precisamente lo que yo quiero—respondió sonriendo Jack.

—¿Qué quieres que te detengan?—preguntó sin comprender Betty.

—Sí, Betty—siguió diciéndole él—, sé algo que puede demostrar que yo soy inocente.

Y antes de que él pudiera darle ninguna explicación se abrió la puerta de la habita-



— Te agradezco el interés que te has tomado por Betty.

ción y aparecieron en ella Rom y el sheriff, quien no perdía de vista a Duke.

—¡Date preso; — exclamó Rom, apuntándole con el revólver.

—Puede dejar esa arma, que no pienso hacer resistencia — respondió tranquilamente Jack.

Y acercándose a Duke, le dijo:

—Te agradezco el interés que te has tomado por Betty durante mi ausencia.

Duke no supo qué responder, mientras que el sheriff lo miraba solapadamente, no fiándose mucho de aquel individuo.

—Pero el otro día, cuando viniste a ver a Betty, se te olvidó algo que ella te va a entregar ahora... ¿Sabes lo qué es?

—Mi revólver—respondió sin darse cuenta Duke—. Me lo quitó ella.

—Dale su revólver, Betty—exclamó Jack, dirigiéndose a la muchacha. Esta lo sacó del cajón y cuando fué a entregárselo a Duke, su novio la detuvo diciéndole:

—Es mejor que se lo entregues al señor Rom, puede que éste lo aprecie más.

El policía cogió el arma que le entregaba la joven, sin poder comprender el pensamiento de Jack, y éste, sacándose el pañuelo que encontró en el campo se lo entregó a Duke, diciéndole:

—¿Cómo no has dado cuenta a nadie de tu herida?

—Yo no he sido herido nunca—respondió Duke—. Esa es una mentira tuya.

—Pues entonces, alguien te quitó tu pañuelo, porque me lo he encontrado manchado de sangre en el mismo lugar donde fué asesinado Sam Parkart. Aquí lo tienes... Lo único que hace falta es que pruebes cómo fué a parar este pañuelo allí.

Rom miró a Duke y comprendiendo en parte la acusación de Jack, le dijo:



Jack se abalanzó sobre él para detenerlo.

—¿No sabe usted cómo estaba allí su pañuelo?

—Tal vez lo perdería sin darme cuenta, o lo cogería Jack, alguna vez que salimos juntos.

—Pero no podrás demostrar que no has sido herido por Sam—exclamó Jack—. Dices que nunca has sido herido, pues si en tu cuerpo se encuentra alguna señal de haberlo sido, también tendrás que decir por qué lo has ocultado. Además, tu revólver me parece que

coincide con el calibre de los proyectiles que se encontraron en el lugar del atraco.

Duke, al ver las pruebas que se amontonaban contra él, miró hacia la ventana para escaparse, pero el sheriff, sonriéndole intencionadamente, mientras le mostraba su revólver, le dijo:

—Está cerrada y no se puede salir.

Y al intentar escapar Jack se abalanzó sobre él para detenerlo.

—Rom—exclamó Jack—. Este hombre, valiéndose de una falsa amistad, suplantaba mi nombre en todos los crímenes que cometía y es el verdadero culpable de cuanto se me inculpa a mí. Ya ha visto que no ha podido desmentir ninguna de mis acusaciones.

—Está bien — exclamó Rom—. Los dos vendréis detenidos y creo que no tardarás en quedar en libertad... Yo también creo que es éste el que buscamos, por eso tenía tanto empeño en que se te condenara.

Y los que antes fueron tan amigos, custodiados por los hombres del sheriff fueron conducidos a la cárcel, hasta que la inocencia de uno quedara demostrada.

.....

Han pasado cinco años. Duke, en vista de todas las pruebas que había contra él, fué condenado y pagó con su vida los muchos crímenes que había cometido, al mismo tiempo que



La hacienda había recobrado la alegría de otros tiempos.

sus hombres fueron cayendo poco a poco en manos de la justicia, que auxiliada por Jack los perseguía tenazmente.

Durante este tiempo, la hacienda en que vivía Betty había recobrado la alegría de otros días con el amor de Jack y con el bullicio de dos pequeñines que alegraban la dicha de los dos esposos.

Nada ya podía enturbiar la felicidad de que gozaba, puesto que el último compinche de

Duke hacía unos días que había caído en poder de Rom.

Este, al alejarse de aquel pueblo, quiso despedirse de Jack y de Betty y fué a su casa. Encontró a los dos jóvenes mirando como jugaban sus pequeños y le dijo a Jack:

—He venido para deciros adiós y para pedir que olvidéis los malos ratos que os he dado cuando te perseguía, Jack.

—Todo está olvidado, Rom—exclamó Jack, estrechándole la mano—. Usted cumplió con su deber como yo ahora cumplo con el mío.

—¿Y cuál es el tuyo?—respondió Rom.

—El de velar por estos pequeños y el de querer a alguien que no dudó nunca de mí.

Betty sonrió ante la alusión de su marido, mientras que éste estrechándola contra su pecho, le hacía señas a Rom para que se marchase, porque sentía en aquellos instantes el deseo de besarla.

Y mientras que Rom se alejaba de aquellos lugares, Jack y Betty confirmaban una vez más el amor que se tenían, poniendo en aquel beso lleno de pureza todo el afán de sus corazones enamorados.

FIN

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

LA MÁS ANTIGUA NOVELA CINEMATOGRAFICA

¡UN MILAGRO!....

ANTES DE ESTRENARSE LA PELÍCULA
se está agotando la primera edición de la novela

E S P E R A M E

la gran creación del ídolo

CARLOS GARDEL

ADQUIERA HOY MISMO UN EJEMPLAR

OTROS ÉXITOS

Una hora contigo - Chevalier-Mac Donald

Dos corazones y un latido - L. Harvey

Atlántida - B. Helm

El Expreso de Shanghai - M. Dietrich

Un chico encantador - H. Garat

Remordimiento - P. Holmes

Bajo falsa bandera - Ch. Susa

El hombre y el monstruo - F. March

El ídolo - J. Barrymore

Ámame esta noche - Chevalier-Mac Donald

Una noche celestial - J. Boles

Precio: UNA peseta

PEDIDOS A

Editorial ALAS - Apartado 707 - Barcelona

SELECCION FILMS DE AMOR

36 páginas de texto - Ilustraciones en papel
couché - Portada a todo color - **50 céntimos**

TITULOS PUBLICADOS:

Ave del Paraíso

interpretada por la bella actriz
Dolores del Río y J. Mac Crea.

Bombas en Montecarlo

por la nueva estrella **Kathe de
Nagy** y el apuesto **Jean Murat.**

El Príncipe de Arkadia

bellísima opereta, por **Willy Forst**
y la genial **Liane Haid.**

La insaciable

por la fascinante **Carole Lom-
bard** acompañada por **Ricardo
Cortez y Paul Lukas.**

PROXIMAMENTE:

El vencedor

protagonistas: **Jean Murat** y la
bella actriz **Kathe de Nagy.**

El tigre del Mar Negro

Obra basada en los comienzos de
la **Revolución rusa**, y revive los
incidentes de tan apasionante con-
flagración. Brillante interpretación
del célebre **Brancroft** y **Miriam
Hopkins.**

PEDIDOS A

Editorial "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona

Remita el importe en sellos de correo y cinco céntimos para
el certificado. Franqueo gratis.

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

LA MÁS ANTIGUA NOVELA CINEMATOGRAFICA

¡UN MILAGRO!....

ANTES DE ESTRENARSE LA PELÍCULA
se está agotando la primera edición de la
novela

ESPERAME

la gran creación del ídolo

CARLOS GARDEL

ADQUIERA HOY MISMO UN EJEMPLAR

OTROS ÉXITOS

Una hora contigo - Chevalier-Mac Donald

Dos corazones y un latido - L. Harvey

Atlántida - B. Helm

El Expreso de Shanghai - M. Dietrich

Un chico encantador - H. Garat

Remordimiento - P. Holmes

Bajo falsa bandera - Ch. Susa

El hombre y el monstruo - F. March

El ídolo - J. Barrymore

Ámame esta noche - Chevalier-Mac Donald

Una noche celestial - J. Boles

Precio: UNA peseta

— PEDIDOS A —

Editorial ALAS - Apartado 707 - Barcelona